

## LIEGE: L'ELISIR D'AMORE EN MEDIO DE LA CRISIS

El primer espectáculo que he visto este año en la Ópera Royal de Wallonie coincidió con el estallido de la crisis que ya se anunciaba con la dificultad para encontrar sucesor al actual director y que se tradujo en una huelga de la orquesta, intervenciones en radio, prensa y televisión, y se saldó, el día en que presencié la función de la obra maestra de Donizetti, con la supresión lisa y llana del ballet estable y una reducción del número de producciones a partir de la próxima temporada, después de haber considerado disminuir también algunos atriles. No sé si por esta situación, orquesta y coro sonaron alicaídos, poco ajustados, sin ningún brillo, pero parte de responsabilidad debe ser del desvaído Roger Rossel, que se limitó a acompañar sin ningún entusiasmo: en cambio, la música del maestro exige aquí brillo, dinamismo, sutileza y que se crea en ella. Porque la ópera parece fácil (ese es el gran secreto de su permanente vigencia), pero dista de serlo. La puesta fue una combinación de excelentes ideas en los movimientos y reacciones de los personajes (Stefano Vizioli) con unos decorados y vestuarios por demás ingenuos (Ugo Nespolo). No sé si se trata sólo de marionetas (como aparecen a principios del segundo acto) o de un cuento de niños para grandes, pero esto es lo que parece esta triple coproducción con Roma y Lausanne. Por supuesto, lo más importante es el plano vocal, al punto de que una imposible Giannetta se nota, y cómo (Dominique Detournay). De los cuatro principales, sólo dos estuvieron a la altura de su arduo cometido. Hubo un Dulcamara jovencísimo, ciertamente no tan cómico como otros (Bruscantini es el nombre que me viene espontáneamente), pero con un timbre estupendo y una escuela de canto digna de ese nombre, además de un italiano immaculado: Nicolas Cavalier. Lo mismo, menos el italiano y más una actuación burbujeante, puede decirse de la Adina de la danesa Inge Dreisig: remató su excelente labor en la difícil aria que por una vez fue el punto culminante de la noche. Si digo que aquí no extrañé la versión de Freni no hay nada más que añadir. El Belcore de Werner van Mechelen parece poco belcantista: le cuestan las agilidades y el color, bien timbrado en el grave, mientras el volumen se estrecha, se vuelve blanco a medida que asciende a los agudos, y no dio ningún relieve a su personaje. Jean-Luc Viala, un nombre que suena bastante, cantaba su primer Nemorino. Tiene físico y condiciones escénicas, pero... Por su repertorio pasado y presente, parece haber sido un neto lírico ligero que evoluciona al lírico (del Barbiere y Falstaff a Bohème y Traviata), vaya uno a saber con qué fortuna. Ha sustituido recientemente en el Met a Pavarotti después de sus malas noches como Tonio. Tal vez por influencia del mal ejemplo, el centro y el grave están resentidos y el fiato no le alcanza (tres notas quebradas -la primera en la stretta de Quanto è bella y la última, obviamente, en Una furtiva lagrima, monumento belcantista que castiga a quienes no poseen la técnica, y dos más evitadas a último momento). Emitir los agudos como si se tratara de Puccini, evitar cualquier matiz, filado y media voz, engolar y llegar casi al grito (segundo dúo con Adina) no parecen augurar nada bueno. Preciso es recordar aquí, por lo que supone la fidelidad a un estilo que resulta cada vez más difícil de mantener, el magisterio, en Barcelona, del gran Kraus y sobre todo del inmenso Bergonzi, para mencionar sólo a los que he visto y oído personalmente y no evocar a Schipa, Gigli, Tagliavini o Gedda...

